

el mundo de...

A las seis, en el teatro de la Comedia.

A las seis, Alfonso Paso está en el patio de butacas presenciando el ensayo general de su comedia «Retrato de boda», que se estrenará a las once de la noche.

Alfonso Paso aparece recién afeitado y llamante porque hará escasamente una hora que ha dejado la cama.

—Si quieres, nos metemos aquí en el despacho de don Tirso Escudero para que hablemos.

Alfonso Paso se sienta en una silla y enciende un Montecristo descomunal.

—A partir de ese momento a que me referí en la conversación anterior, (N.º 1 de «Vida Mundial») viene inmediatamente el año 1950. Yo tenía una novia de cuatro años antes, actriz, que era una mujer estupenda, encantadora, una gran señora y que, sin querer, ha mediatizado gran parte de mi obra, porque era eso que los hombres llaman el «tipo físico y espiritual ideal». Esto resultaba muy curioso porque todo lo que era impulso mío interior lo dispersaba aquella mujer. Yo necesitaba un aglutinante de todo ese impulso. Desde el punto de vista médico, mi carácter es el mismo, pudiéramos decir, que el que tuvo Lope de Vega, o Goethe, o César, o Cary Chessman. Es decir, ese carácter con un impulso vital formidable, de una fecundidad asombrosa, incansable e inagotable. Es como una flecha irresistible, pero que alguien tiene que apuntar a una diana; si no, se desborda.

En el año de 1952, lo recuerdo bien, llega su diana con Evangelina Jardiel Poncela. Los dos iban a aquel café literario en el que nos sentábamos a esperar nuestro momento.

—¿Dónde la conociste, Alfonso?

—La conocí primero, un día, en casa de Jardiel, por el año 49, en que Jardiel nos subió a su casa a un grupo de jóvenes: Alfonso Sastre, Aldecoa, Medardo Fraile, José Galdón, Fernández Santos. Ya entonces no volví a ver a Jardiel hasta un año después en que me presenté en el café Gijón con una chica francesa a la que él empezó a hablar en argot, conquistándola en diez minutos. Esto, a mí, me sentó muy mal.

En el despacho contiguo, don Tirso Escudero habla por teléfono con el Casino de Madrid: «Dígale al señor X de parte de Tirso Escudero que tiene en la taquilla su palco para el estreno de esta noche, como de costumbre.»

Alfonso Paso cierra discretamente la puerta del despacho de don Tirso.

—Terminé con la novia actriz en 1952 en



ALFONSO PASO

(II)

Por MARINO GOMEZ-SANTO

había metido en un charco hasta los tobillos en la verbena de San Isidro.

Ahora entra don Tirso Escudero al despacho. Me levanto de su mesa, donde tomo algunas notas: «Un momento nada más,

titulada «Yo, Eva», en la que hay un extraño presentimiento cuando aún no conocía Evangelina. Esta pieza la estrené en el teatro Infanta Beatriz el 2 de abril de 1952.

—¿Y por qué razón te pasaste al teatro de humor?

—Hombre, me pasé al teatro de humor seguramente por impulso, porque me empezaba a hacer gracia el dramón. Hasta esa fecha había hecho 32 dramas.

Pero vamos a la vida personal, en cuyo relato Alfonso Paso es bastante más sincero que muchos personajes de la vida española, tan empeñados en contarnos solamente la parte brillante o la parte idealizada de la vida.

—En el momento de casarme rompí por completo con la familia. En mi casa no cabía nada bien que me casara y me negaron toda asistencia económica.

—¿Dónde te casaste?

—En la iglesia de San José, y recuerdo los apuros que tuve que pasar para que no se vieran los zapatos rotos. Fueron los padrinos

«Me casé en la iglesia de San José, y recuerdo los apuros que tuve que pasar para que no se me vieran los zapatos rotos»

medio de una crisis depresiva y el 15 de mayo de ese mismo año volví a ver por segunda vez a Evangelina, con la que me casaba un mes y medio después, el 5 de julio. Jardiel había muerto hacía tres meses. Como detalle curioso te diré que todas las noches felices de mi vida me han cogido con los zapatos manchados de barro y aquella segunda noche en que vi a Evangelina me

que voy a coger un paquete de cigarrillos.» Don Tirso se va. Alfonso Paso vuelve a cerrar discretamente la puerta.

—La gente cree que yo me pasé al teatro de humor por la influencia que en mí despertó el contacto con los Jardiel, olvidando que desciendo de una familia de autores cómicos. La realidad es que yo me había pasado al teatro de humor con una pieza de humor



Alfonso Paso y Evangelina Jardiel, recién casados.

mi hermano Antonio y la tía de mi mujer, que es secretaria de la Escuela Normal de Maestras y que se llama María Jardiel.

No hubo banquete de boda. Los novios fueron a tomar una copa al bar Jerez, con Manuel Dicenta y con el padre del novio.

—¿Tampoco hicisteis viaje?

Paso daba la batalla como mejor sabía, sin que nadie se detuviese a tenderle una mano.

—El 28 y 29 de agosto, como debíamos la pensión, se negaron a darnos de comer. Resuelto a no solicitar ayuda, comimos seis naranjas en los dos días. Por otra parte, Evangelina empezaba a sentir el embarazo

«En un mismo día me devolvieron cuatro comedias: Luis Prendes, Carlos Lemos, Conchita Montes y Lili Murati»

—Sí, fuimos a Granada con el dinero que me habían regalado los compañeros del cuartel, Regimiento de Saboya número 6, en Leganés, donde yo hacía las prácticas como alférez.

A la vuelta del viaje se instalaron en una pensión de la calle del Desengaño, donde comer mal y dormir mal costaba cinco duros por persona.

—Allí empezó de verdad un calvario, porque yo no ganaba absolutamente nada.

Le digo que si hacía algo por ganar dinero.

—Hacía todo lo posible. Publicaba artículos en «La Hora», que me los pagaban a 35 pesetas. Vendía libros de mi biblioteca, de aquellos que había podido comprar cuando era hijo de familia. También vendía trajes.

Las cosas estaban muy mal, y Alfonso

de su primera hija. Yo entregaba comedias por todas partes. En el cuarto de la pensión, el frío se filtraba por las paredes, los balcones cerraban mal y cuando encendías una cerilla dentro de la propia habitación, el aire la apagaba.

El mes de septiembre fue muy frío y Alfonso Paso llegó a padecer como una fiebre de frío obsesiva, que aún le dura y le hace estar rodeado durante el invierno de un calor que a cualquiera se le hace sofocante.

—Antes de acostarme leía el libro de Job para hallar alientos y paciencia. Intenté el espectáculo folklórico con Irma Vila; me dieron con la puerta en las narices; intenté también la revista; me dieron con la puerta en las narices.

En un mismo día le devolvieron cuatro comedias: Luis Prendes, Carlos Lemos, Conchita Montes y Lili Murati.

—Ese día, en medio de un llanto convulsivo, decidí abandonar el teatro y ejercer la carrera de filosofía. Fue entonces cuando Evangelina me dijo que ella se había casado con un autor de teatro y que seguía adelante o me dejaba.

En ese tiempo frecuentaba Alfonso Paso la amistad y la compañía de Fernando Granada, que todos los días le pedía comedias para sus múltiples compañías.

—Yo las escribía. Mucho de lo que he estrenado después se lo debo a Fernando Granada, que me hacía trabajar aunque no me estrenaba nada. Por aquel tiempo, el propio Fernando Granada convocó un premio llamado «Premio Barcelona» y otro premio llamado «Tina Gascó», dotado cada uno con 15.000 pesetas. Nombró un jurado compuesto por Ramos de Castro, Buero Vallejo, Fernández de Sevilla, López Rubio y Felipe Sassone. El Premio «Tina Gascó» fue para Mercedes Ballesteros por «Las mariposas cantan», y el «Premio Barcelona» para mí por «Sueño de amor en la solapa». Esta comedia la copió mi mujer en la máquina de su tía y la envié al premio con el lema «Buena Suerte».

Después se llamaría «Cuarenta y ocho días de felicidad» y ha sido uno de mis más rotundos. Fue, precisamente, la comedia que rechazaron Conchita Montes y Lili Murati.

Las cosas cambian mucho en la vida y esta tarde, precisamente, Conchita Montes está en el escenario del teatro de la calle de Tetuán, en el ensayo general de «Retrato de boda», de Alfonso Paso.

—En noviembre de 1952, y a pesar de la alegría de las 15.000 pesetas, yo estaba cansado por una lucha estéril de cinco años y entonces decidí gastarme íntegro el importe del premio en un viaje a Sevilla en las mejores condiciones y en los mejores hoteles.

Al regreso de este viaje, Evangelina Jardiel, al darme un beso, le dio sin querer el tema de su primer estreno comercial: «No se dice adiós hasta luego».

Las navidades de 1952 fueron muy tristes. Las pasaron en el cuarto de aquella pensión con mucho frío y sin dinero.

—Mi primer hijo se anunciaba para fines de abril, y mi mujer, tan mal alimentada, contraía, por falta de cal, una carie de los dientes que ha sido imposible resolver.

Se adivina fuera de este despacho una quietud eminente de la noche de estreno de un teatro. Alfonso Paso está, sin embargo, muy tranquilo.

—Tengo que decir que yo sentía una gran patía inmotivada por los argentinos, por decir de ellos que son franceses venidos a menos. Luego he tenido que revocar esa opinión, pues me han hecho mucho más bien que me han cuidado como autor casi más que los españoles.

En el despacho de Fernando Granada, Alfonso Paso que un día de «media hora» en Fernando Granada le convidó a tomar copas de coñac y Alfonso Paso cogió la palabra chera más imponente que imaginarse.

—Granada me presentó a Fernando Unsaín, ex director del teatro Cervantes en Buenos Aires, que venía a hacer teatro en España con Zoe Ducois. Se interesaba por los autores nuevos. Unsaín era un hombre que recuerdo bien, extremadamente alto, de un día dos metros. Este hombre me pidió una comedia, y yo, en mitad de la borrachera, empecé a ponerle verde y a decir las cosas más insolentes y estúpidas sobre los argentinos. A Unsaín le hizo tal gracia, que me dijo: «Si eso lo dice usted en un espectáculo ganamos un dineral.»

Paso se había cambiado de la pensión de la calle del Desengaño al hotel Turia, en la calle de Tetuán, donde había una calefacción tremenda. Aquello empezaba a animar y le daba fuerzas para seguir luchando. Yo, el hotel como podía, ayudado por un dencial dinero que a su mujer le llegaba de liquidaciones de algunas novelas de su tía.

—Llegué al hotel aquella noche de borrachera, me serené y en quince horas ya no se dice adiós, sino hasta luego. El tema me había dado Evangelina al salir del viaje a Sevilla.

Al día siguiente le mandó la comedia Unsaín, a la calle de Leganitos, número 10, donde vivía. Al día siguiente, muy temprano, Unsaín le llamó a Paso para decirle simplemente: «Ha escrito usted una comedia excelente. Se la estreno a usted inmediatamente».

—Y así fue. El 12 de febrero de 1953, después de ocho años de lucha por los teatros experimentales, habiéndome dado los actores cosas como devolverme la comedia diciéndome que volviera después de tres años, estrenaba mi primera pieza teatral, también en el Infanta Beatriz, con Ducois y Tomás Blanco de cabecera de



A Paso le divierte disfrazarse en alguna fiesta.

un magnífico éxito de crítica y un buen de público.

Estoy realmente asombrado con Alfonso Paso. Es un hombre de memoria casi monástica, como esos calculistas que se encuentran a veces en los manicomios, los cuales realizan mentalmente operaciones fabulosas. Y digo esto porque Alfonso Paso no tiene delante apuntes ni papeles y cita exactamente todas las fechas de cada uno de los episodios de su vida: cuándo vio a aquella persona, qué hora era, dónde vivía, cuál era el número de la calle, su teléfono... ¡Impresionante!

El día del estreno, la gente se preguntaba en los pasillos del teatro por qué había tardado yo tanto en estrenar, si era al menos el que los que estrenaban a diario». Mi padre entró durante el primer acto en el escenario, le abrazó, y Alfonso Paso notó que estaba muy nervioso, tan nervioso como yo había estado en los estrenos de su padre. Mi padre me dijo en aquella ocasión: «Alfonso Paso siempre se les ha juzgado mal, pero porque nos ha gustado mucho vivir. Ahora estás en las manos la rehabilitación y el rescate del apellido. Algún día aparecerás entre los primeros y se publicarán los artículos sobre ti; pero te digan lo que te digan los periódicos, no olvides al público. Hay que llegarle y emocionarle. Lo demás es asunto.»

Este estreno fue un éxito, y Alfonso Paso sabía que iba a servirle para abrirle las puertas, pero aquellas puertas siguieron igualmente cerradas, como estaban, sin abrirse. En el mes de marzo comenzó nuevamente la lucha. Esta vez de distinta manera, porque contaba con algo de dinero.

También contaba con una cosa muy importante. Iba dirigido ya hacia una diana. Entonces trabajaba de una manera un tanto desordenada. Intenté una cosa que había hecho la que me ha producido, a lo largo de mi vida, el éxito. Es decir, ordené mi trabajo. A partir del mes de marzo de 1953 empecé a escribir cuatro horas diarias, pasara lo que pasara, en medio de la alegría o del dolor. Por ese tiempo se produjeron en mí dos hechos muy importantes en mi vida: mi afición a la neuropsiquiatría y un horóscopo que me fue levantado por un astrólogo holandés que ahora está en Norteamérica y que es dueño de una flota pesquera. Se llama Van Loertz. Este señor que me hizo un horóscopo me dijo que yo había nacido bajo el signo de Virgo un domingo a las tres de la tarde. O sea que el planeta dominante era Júpiter: el éxito, el triunfo, la fuerza, mientras el planeta previsor era Urano, es decir, lo inesperado. En definitiva, que soy un hombre de grandes golpes de suerte y hasta incluso en lo que parece que me sale mal es finalmente para bien.

Van Loertz le recomendó a Alfonso Paso que dadas sus características de fecundidad por haber nacido bajo el signo de Virgo, de amor al trabajo y de ímpetu, podía llegar a asombrar a la gente únicamente si ordenaba su trabajo. Así lo hizo Alfonso Paso, y, en efecto, la gente se está asombrando de lo que puede producir un hombre trabajando todos los días.

—Entonces, Alfonso, para ti ¿qué es la inspiración?

—Hombre, la inspiración no existe. Yo soy un artista, soy un detective de la vida: observo, analizo, y sobre esas observaciones diarias voy construyendo toda mi literatura. A la inspiración se la llama siempre sentándose a la mesa y obligándola a venir. No hay nada en la tierra que no se logre trabajando. Inmediatamente después de estos acontecimientos, Alfonso Paso hizo amistad con



Alfonso Paso con sus hijas Paloma y Rocío

El autor teatral también aplaude a sus colegas



carrera de Ciencias y de Filosofía.

La comedia, que se titularía «Una bomba llamada Abelardo», se estrenó en el teatro María Guerrero el día 6 de mayo.

—¿Y qué pasó en ese estreno?

—Pues verás. Se produjo por primera vez un hecho que me había pasado por alto. Yo despertaba pasión. Es decir, odios y simpatías instintivas. El estreno transcurrió entre ovaciones delirantes por una parte y pateos furiosos por otra. En el vestíbulo llegaron a producirse golpes y peleas. Parte de las manifestaciones de repulsa estaban dirigidas por el jefe del T. E. U. de Filosofía y Letras en aquel tiempo, Antonio Prieto, que luego fue novelista y ganó el Premio Planeta.

La puerta del despacho de don Tirso Escudero empieza a abrirse ya continuamente. Fuera hay muestras de impaciencia por parte de algunas personas que trabajan en el ensayo general y reclaman al autor para esta o aquella consulta de urgencia.

“No hay nada en la tierra que no se logre trabajando” “Escribo cuatro horas diarias, pase lo que pase”

Gustavo Pérez Puig, que había sido muy amigo de Enrique Jardiel Poncela. Entonces Gustavo Pérez Puig dirigía el Teatro Popular Universitario y había estrenado «Escuadra hacia la muerte», de Alfonso Sastre, con gran éxito.

—El y Fernando Cobos me animaron, a pesar de mi modesta profesionalidad, a estrenar una comedia con el grupo del T. P. U. Aún no había llegado Ionesco a España y a mí se me ocurrió crear un personaje que fuera un genio, un sabio, perseguido por todas las naciones del mundo porque tiene el secreto de un explosivo transcendental y que luego, al final, se descubre que es un mono a quien han enseñado a hablar y que ha cursado la

—Alfonso, tú eres muy tranquilo ante un estreno tuyo, pero ya sometido a esa prueba, te dejas.

—Para terminar he de decirte que ya en aquel tiempo empecé a recibir anónimos que hasta hoy no han dejado de mandarme.

—Buena señal.

Y me abrí paso a través de los oscuros y pesados cortinajes de terciopelo por los que salí al vestíbulo del teatro de la Comedia, y de allí a la calle del Príncipe, calle tan antigua e importante en la historia del teatro español.

EN EL PROXIMO NUMERO:

“LA HORA DEL TRIUNFO”